

# Emmanuel Carballo y Martín Luis Guzmán

Ignacio Solares

*Para Beatriz Espejo*

En el panorama de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo xx, Emmanuel Carballo —hombre de letras en el más amplio y mejor sentido de la palabra— no tuvo parangón con ningún otro de nuestros críticos, antiguos y actuales. Su labor de investigador infatigable nos dio, entre otras tantas obras, su *Diario público* y el *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Sus colecciones de reseñas y ensayos críticos, como sus *Notas de un francotirador*, son de infaltable referencia para entender la evolución de las letras nacionales en las últimas décadas. Su libro de ensayos-entrevistas, *Protagonistas de la literatura mexicana*, con personajes como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Rafael F. Muñoz, Juan Rulfo, Juan José Arreola y Carlos Fuentes, entre otros, seguirá siendo esencial para los estudiosos de nuestra literatura.

En ese volumen —lección magistral del mejor periodismo literario—, Carballo desmenuza la vida y la obra de los autores que analiza. La preparación de cada sección le podía llevar meses o años, ya que realizaba varias sesiones de interrogatorio hasta sacar la médula de temas y dudas. Sin tapujos, pero con total respeto y admiración, Emmanuel hacía preguntas comprometidas y hasta incómodas. Los entrevistados se daban cuenta de que estaban ante una persona seria —casi diríamos implacable—, que había hecho su trabajo a conciencia.

Todo ello, a la larga, permitía que los escritores se sinceraran y vertieran opiniones polémicas y descarnadas sobre sus colegas y contaran sabrosas anécdotas que pintaban de cuerpo entero sus personalidades. Pocos de estos libros en nuestras letras se le comparan a este de Carballo en profundidad.

De los perfiles que se incluyen en esa obra, destaca sin duda el de Martín Luis Guzmán, el destacado autor de *La sombra del caudillo*, *El águila y la serpiente* y *Memorias de Pancho Villa*, entre muchos otros. Sobresale no solo por el vivo retrato que realizó Carballo sino también porque logró que Guzmán glosara pormenorizadamente todos sus libros, revelando los entretelones de su escritura y contando sabrosas anécdotas que no aparecen en sus propias páginas, pero que sin duda forman parte ya de la historia literaria y nos ayudan a explicar muchas cosas acerca de sus pasiones, traumas y obsesiones que, de alguna u otra manera, terminan reflejándose en las obras.

El trato de Emmanuel con Martín Luis Guzmán empezó en 1958. Lo puso en contacto con él Rafael Giménez Siles, el mejor y el más adicto entre todos los amigos del autor de *La sombra del caudillo*. Lo visitaba en su oficina de General Prim, desde donde Guzmán dirigía meticulosamente la revista *Tiempo*. El primer recuerdo suyo que conservaba era este: “un hombre de baja estatura, vestido con trajes impecables y anacrónicos, blan-



© Javier Navariz

Emmanuel Carballo, Vicente Leñero e Ignacio Solares

co, de una blancura raras veces expuesta al sol, de una dicción lenta, matizada y una sintaxis (la mejor que he escuchado) no solo correcta sino brillante, de ademanes parcos, ceñidos al cuerpo, puestos al servicio de la palabra y una mirada un tanto irónica”.

Carballo nos recuerda que el Ateneo de la Juventud cabalgó entre dos épocas históricas: el Porfiriato y la Revolución de 1910. Si el grupo más esmerado y valioso que produjo la dictadura del general Díaz fue la generación de poetas modernistas, el Ateneo fue también producto del Porfiriato: de la paz porfiriana, de la prosperidad porfiriana (referida, por supuesto, a las clases acomodadas) y de las escuelas porfirianas: por primera vez en casi cien años los escritores podían ser escritores y no necesariamente políticos, periodistas y no amanuenses de generales aventureros, profesores universitarios y no combatientes obligados a la defensa del país de invasiones extranjeras o a participar en nuestras sucesivas guerras intestinas en defensa de los principios liberales o conservadores.

El sistema porfirista —señala Carballo— les permitió advertir que eran distintos de los políticos, de los licenciados, de los burócratas de alta investidura, y algo más: que tenían frente a sí la opción de cultivar su singularidad, de ser artistas, de dedicar sus mejores horas al cumplimiento de su vocación. Sin el Porfiriato no se entienden los años de formación de los futuros ateneís-

tas (que provenían de familias consolidadas o surgidas al amparo de los empleos creados por la dictadura), sus primeras campañas como grupo (los tres ciclos de conferencias dados en el Casino Santa María, en el Teatro del Conservatorio Nacional y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, apoyados, entre otros, por prohombres de la dictadura como Porfirio Parra y Pablo Macedo) y sus actividades posteriores, entre las que se cuenta la fundación de la Universidad Popular y de la Escuela de Altos Estudios. Madero y después Victoriano Huerta no estorbaron sus tareas civilizadoras.

Como grupo, y en cuestiones políticas, el Ateneo fue un cuerpo fragmentado: convivieron dentro de él las ideas de vanguardia y el conformismo. Ninguno de ellos fue reaccionario en voz alta y desde la mitad del foro. Algunos de sus miembros dieron el paso adelante justo en el momento oportuno. Fue el caso de Vasconcelos, Guzmán y Fabela. Otros prefirieron no manifestar sus opiniones (lo que dialécticamente constituye una toma de posición política), como Caso. Otros más, apremiados por compromisos y lealtades, por el deseo de figurar o de mantener a sus familias, pactaron con el usurpador: como Acevedo, Urbina, Gómez Robelo y González Martínez. (Caso, siempre discreto, sirvió a Huerta con recato y desde oscuros puestos de carácter educativo). Alfonso Reyes optó por el mal menor: en vez de servir a Huerta como secretario privado (a pedido del

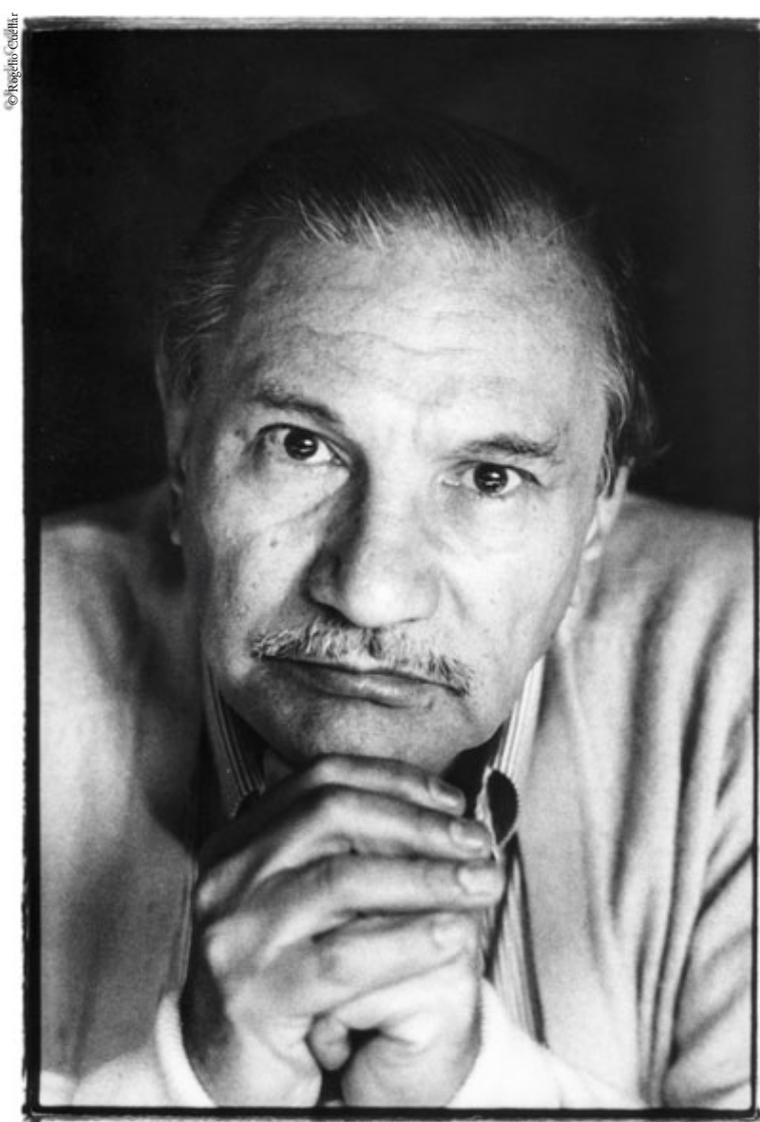
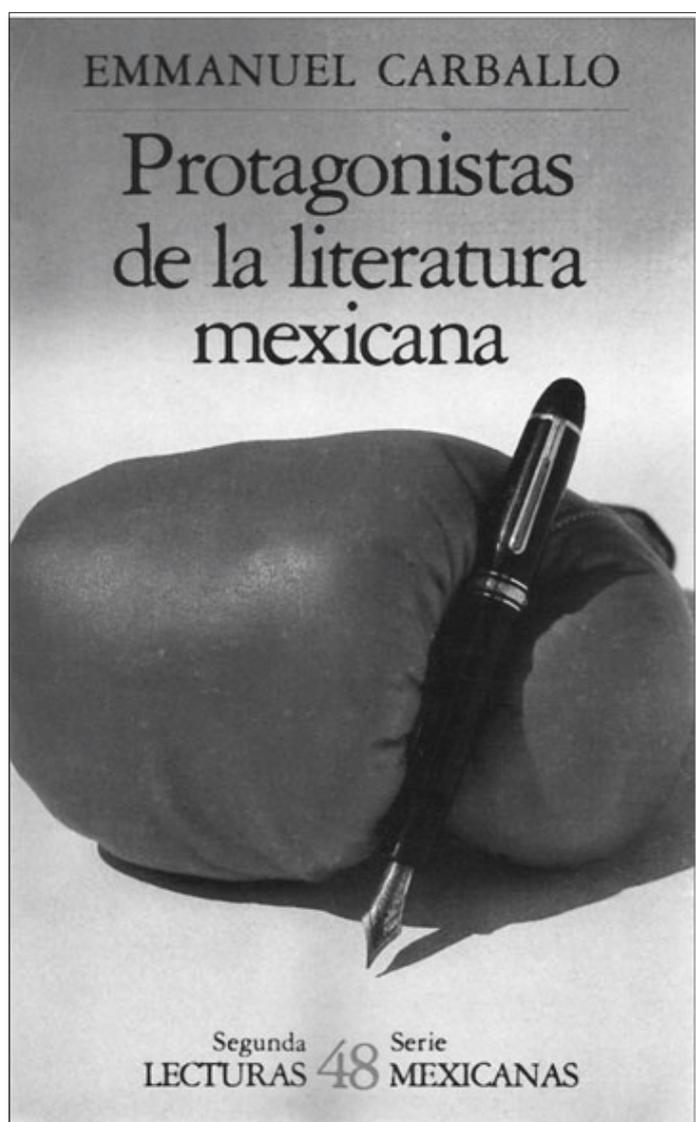
magnicida), decidió ingresar al servicio exterior (el visto bueno lo dio el propio Huerta) y olvidarse formalmente de la *vendetta* mexicana.

Carballo nos ofrece argumentos para entender la actuación tan disímbola de los miembros del grupo: “El que algunos ateneístas se hayan expatriado (unos por razones válidas y otros expulsados como delincuentes comunes) solo demuestra un hecho: que la uniformidad de pensamiento solo cabe en mentes dignas de Torquemada y que la disidencia es tan válida como la aceptación de los hechos consumados. Por ello respeto (y respetar es entender) lo mismo a Ricardo Gómez Robelo, que primero lucha contra Díaz y después sienta plaza en el huertismo, que a José Vasconcelos, quien en su primera época, antes de su transformación en 1929, es maderista, convencionista, obregonista y abanderado, en su campaña presidencial, de una causa política perdida: aquella que le pide a la política que tenga conciencia y no únicamente sirva a intereses percederos. Uno y otro encarnan modos de ser y comportarse que no están ausentes en el México que vivimos”. Y remata citando una carta que le envió Alfonso Reyes en abril de 1952, repuesto de una enfermedad que parecía mortal: “Cuan-

do me toque caer, habré hecho lo posible, al menos, para dejar a los jóvenes un ejemplo de lealtad a la vocación: es mi único anhelo”.

Martín Luis Guzmán nació en la ciudad de Chihuahua el 6 de octubre de 1887. Su infancia transcurrió en Tacubaya y el puerto de Veracruz. De nuevo en la Ciudad de México, asistió a la Escuela Nacional Preparatoria, institución que lo inició “en el amor de las ideas claras y en el horror de las nebulosidades con que a menudo se pretende suplantar el verdadero conocimiento”.

Martín Luis le cuenta a Carballo que en 1908 dijo un discurso en una admirable procesión de antorchas que organizaron los estudiantes de las escuelas de México para conmemorar la Independencia. Se pronunciaron cuatro discursos. El suyo versó sobre Morelos y el sentido social de la guerra de Independencia. Apareció en un periódico de nombre ya olvidado. “Ahora y para mí, Morelos es una especie de gran Pancho Villa de la época en que lucharon realistas e insurgentes. Ese discurso permitió que me ‘descubriera’ Jesús T. Acevedo, quien me llevó al Ateneo de la Juventud”.



# Ningún valor, ningún hecho, adquiere todas sus proporciones hasta que se las da, exaltándolo, la forma literaria. Es entonces cuando adquiere rango de verdad.

Aquí conoció al joven dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien se convertiría en su amigo, confidente y también maestro:

Recuerdo que en 1909, Pedro vivía en la calle de San Agustín, cerca de la Biblioteca Nacional. Mi casa estaba ubicada en Santa María, en la calle del Naranjo. Solía suceder lo siguiente: al finalizar una reunión, Pedro me acompañaba a casa. En el trayecto continuábamos charlando. Al llegar a los balcones de mi casa no habíamos concluido de exponer nuestras ideas. El camino lo recorriamos a la inversa: de la calle del Naranjo a la de San Agustín. Ya en la casa de Pedro, este me decía: “Ahora sí, yo te encamino y regreso solo”. Estas conversaciones peripatéticas se prolongaban de las ocho de la noche a las cuatro de la mañana. Mi familia me preguntaba qué era lo que hacíamos Pedro y yo. Nos oían hablar durante cinco o diez minutos bajo los balcones de casa. Después, enmudecíamos por espacio de dos horas. Por fin volvían a escuchar nuestras voces. En mi casa ignoraban que los silencios estaban destinados a caminar. En 1912, ya estaba casado. A Pedro (gran amigo, gran trabajador, hombre riguroso, inflexible) se le metió en la cabeza que era imprescindible que aprendiera latín. Los nuevos deberes para ganar el sustento me obligaban a trabajar más duramente. Pedro llegaba a casa, todos los días, entre las nueve y las diez de la noche. En ocasiones, ya estaba acostado. Pedro me sacaba de la cama: “No señor, es la hora de la clase de latín”.

Para Martín Luis, Henríquez Ureña era “un valor mexicano”, ya que se formó fundamentalmente en nuestro país. Cuando llegó traía una cultura literaria de signo predominantemente francés e inglés; desconocía, casi por completo, la filosofía y las ciencias. Caso y Ricardo Gómez Robelo lo guiaron en el aprendizaje de la filosofía. Aquí descubrió a los clásicos españoles y se familiarizó con ellos. “De ese esfuerzo por formarse una cultura filosófica y ensanchar sus conocimientos literarios yo me beneficié muchísimo. Me descubrió a Schopenhauer y a Kant. Yo por mi cuenta descubrí después a William James y a Bergson. A él le debo, además, el conocimiento de algunos autores ingleses fundamentales”.

La vida de los ateneístas estaba arreglada en tal forma que vivían constantemente cerca de los libros: eran bibliotecarios, profesores de lengua nacional o de literatura. “Solo así se explica ese nuestro lujo, la perpetua Academia en que transcurrían nuestros días”, cuenta Martín Luis. Justo Sierra (“el maestro por antonomasia” lo llama Guzmán) le dio el espaldarazo al grupo por

una cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la seriedad. La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquier otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo.

Carballo le pregunta al autor de *La querrela de México* cómo y a qué horas escribe:

Escribo generalmente por la noche y en las altas horas de la madrugada. Solamente en el silencio está uno consigo mismo. El momento en que la inteligencia se decanta y el estilo adquiere tajante desnudez llega, en mí, a las cinco de la mañana. Se deja atrás, después de ocho horas de labor, todo lo superfluo y queda solamente lo esencial, como el trozo estricto de acero desprovisto de la escoria del metal. En estas horas de silencio hasta el pequeño ruido me perturba, sobre todo en ciertos pasajes. Abandono la máquina de escribir y tomo el lápiz.

Así, con lápiz, escribió, por ejemplo, casi todas las *Memorias de Pancho Villa*, varios capítulos de *El águila y la serpiente*: “Una noche en Culiacán”, la primera parte de “La carrera en las sombras” y “La fiesta de la ba-las”, entre otras cosas.

Para Martín Luis Guzmán lo que mayor influjo ejerció en su modo de escribir fue el paisaje del Valle de México. “El espectáculo de los volcanes y del Ajusco, envueltos en la luz diáfana del Valle, pero particularmente en la luz de hace varios años. Mi estética es ante todo geográfica. Deseo ver mi material literario como se ven las anfractuosidades del Ajusco en día luminoso, o como lucen los mantos de nieve del Popocatepetl. Si no, no estoy satisfecho”.

Más adelante, Carballo le pide que revele cuáles fueron los autores que le ayudaron a descubrir y practicar su estilo:

Desde muy niño me cautivaba la prosa de Rousseau y no puedo decir que las de muchos autores griegos y latinos porque desconozco esas lenguas, pese a los desvelos de Henríquez Ureña porque aprendiese el segundo. A través de traducciones me apasionaban Tácito y Plutarco. Al lado de estos autores debo mencionar (si no la lista sería incompleta) a Cervantes, Quevedo, Granada y Gracián. En lengua inglesa la cita de William Hazlitt es obligatoria. Esos son mis maestros en cuanto a la prosa.

De acuerdo con Martín Luis Guzmán, en 1958, ya existía en México una literatura formada, con personalidad nacional, que era, al igual que la pintura, producto de la Revolución. “Esas características las advertimos en las obras que cuentan ese enorme drama que se inició en 1910. Hasta ese momento México no poseía una personalidad consciente de sí misma. La Revolución viene a completar el impulso nacionalizador iniciado con la Independencia y continuado espiritualmente con la Reforma”.

*El águila y la serpiente*, la primera obra narrativa de Martín Luis Guzmán, se iba a llamar “A la hora de Pancho Villa”, pero al editor español no le agradó ese título. Su autor la consideraba una novela propiamente dicha. “No es una obra histórica como algunos afirman; es, repito, una novela. *La sombra del caudillo*, asómbrese usted, al mismo tiempo que una novela, es una obra histórica en la misma medida en que pueden serlo las

*Memorias de Pancho Villa*. Ningún valor, ningún hecho, adquiere todas sus proporciones hasta que se la da, exaltándolo, la forma literaria. Es entonces cuando adquiere rango de verdad”.

En *El águila y la serpiente*, Venustiano Carranza aparece como un hombre que mira a sus interlocutores ‘desde la cima de su gran estatura’, con una mirada “dulzona, casi bovina”. En aquella primera entrevista, cuenta Guzmán,

don Venustiano no defraudó mis esperanzas de revolucionario en ciernes. Se me apareció sencillo, sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda —la cual metía por debajo de la névea cascada, vuelta la palma hacia afuera y encorvados los dedos, al tiempo que alzaba ligeramente el rostro— acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel. Quizá —pensé— no sea este el genio que a México hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe.

En tanto, *La sombra del caudillo* fue recibida por la crítica mexicana con entusiasmo. Una reseña de la época terminaba así: “Si de toda la sangre y de todo el dolor que Guzmán ve acumulados surge una obra de verdad, sincera y fuerte como *La sombra del caudillo*, celebremos que esta época de tristeza haya encontrado su pintor y su novelista”. Sin embargo, el autor le confiesa a su entrevistador: “Lo que desconozco es la reacción de los políticos, que pudieron ver en ella un documento que registrara sus fechorías”.

Del libro que se sentía más orgulloso Martín Luis Guzmán era, sin duda, *Memorias de Pancho Villa*. Afirmaba que “para que las siga el lector, se deben leer como mucha gente lee *El Quijote*: abrirlas al azar y leer unas cuantas páginas”. Lo escribió porque consideraba que el Centauro del Norte era el personaje más incomprendido de la historia revolucionaria: “A Villa no se le había puesto en su lugar hasta que escribí las *Memorias*...

Tengo el orgullo de decir que mientras no se le levante, en la Ciudad de México, el monumento que merece Villa, y lo merece por haber sido la expresión humana de la fuerza que hizo posible la Revolución, su monumento es mi libro.



El hombre que aquí aparece es el verdadero Villa, no el deformado por las leyendas contradictorias difundidas por amigos o enemigos. Tengo el orgullo de decir que mientras no se le levante, en la Ciudad de México, el monumento que merece Villa, y lo merece por haber sido la expresión humana de la fuerza que hizo posible la Revolución, su monumento es mi libro”.

En 1958, Martín Luis Guzmán publicó *Muertes históricas*. La presencia de Plutarco en el título —dice Carballo— revela, quizá, parte del propósito del autor. En México, escribió Guzmán en 1920 (“El coleccionador de ataúdes”, en *A orillas del Hudson*), “los hombres no son grandes sino al morir”. Nuestra historia, afirma allí mismo, es “la historia de un país de muertos”. Apunta Carballo: “De no haber ordenado Victoriano Huerta el asesinato de Madero, pongo un ejemplo, este ocuparía un sitio distinto en la historia: se le llamaría en vez del ‘presidente mártir’, el ‘presidente iluso’. Tal vez hoy se le juzgaría más como reaccionario que como revolucionario”.

Quizá para llevarle la contra a la historia, en sus disposiciones testamentarias, Martín Luis Guzmán pidió, como Vasconcelos, solo que con mayor mesura, que no lo sepultaran en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Remata Carballo:

Cuestión, quizá, de ingratas compañías. Me gustaría, en momento más oportuno indagar las razones que lo impulsaron a tomar decisión tan sabia. Por ahora apunto dos

motivos: orgullo y desquite. Lo primero por sentirse más escritor que la mayoría de los escritores allí reunidos. Lo último por motivos más elaborados; él, que en vida padeció el ninguneo de los mediocres por supuestos o reales motivos de índole moral y el escamoteo sistemático de los honores que no le hubieran disgustado (la vanidad anida en los pequeños y los grandes escritores), supo morir como disidente de la fama: de haber aceptado figurar entre los muertos ilustres, honor que hoy es un lugar común, habría desprendido de su vida y obra la etiqueta de proscrito, y de ese modo invalidaría la terca —y eficaz— labor de sus malquerientes. Su última voluntad lo pinta de cuerpo entero: no podía aceptar en la tumba las distinciones que le negaron en vida.

Con trabajos como estos de Emmanuel Carballo, además de adentrarnos en las obras, de entender y valorar su trascendencia, se nos revela lo más profundo del alma de los artistas. A lo largo de su extensa y fructífera carrera literaria, nos demostró que el poder de las letras no es distinto al de la pasión, en especial en su manifestación más viva y tensa como es la palabra hecha literatura.

Emmanuel Carballo fue un aguerrido pugilista de las letras, que con talento, inteligencia, disciplina y trabajo incansable rescató para nosotros la pléyade de artistas que cimentaron el canon de las letras mexicanas del siglo xx. Siempre será imprescindible para nuestra literatura.